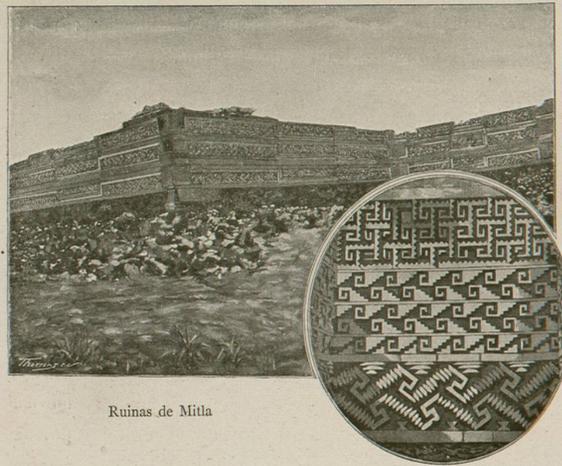


costumbres, que constituyan un código de justicia y de moral no escrito, pero poderosamente sancionado por la creencia y por el miedo al castigo en esta vida y en la otra.

Esto á su vez es indicio seguro de la preponderancia del sacerdocio, así como lo es también la magnitud de los trabajos de erección de ciudades, de ciudadelas, de monumentos casi todos monticulares y que denuncian la presión divina, el despotismo teocrático ejercido sobre millares de seres humanos apenas vestidos y alimentados, es decir, de necesidades pequeñísimas y que jamás variaban. Las oraciones, los sacrificios, los preceptos morales, el respeto al matrimonio civil y religioso, á la familia, á la autoridad, eran la base de la vida íntima de estos nahoas, según los cronistas que sobre esto escribieron y bordaron á maravilla y según los restos de poemas y narraciones novelescas que de estos adulterados recuer-



Ruinas de Mitla

dos pueden desentrañarse; todo ello no hace más que confirmar lo que del simple aspecto y variedad de los objetos puede inferirse.

Esta civilización tolteca es la misma que entre los acolhuas y aztecas, sus herederos, florecía en los tiempos de la conquista; es la que penetrando en la civilización del Sur, la transformó y dejó en ella su sello desde Mitla hasta Chichén. ¡Ah! ya lo dijimos hablando de los mayas; si

realmente el civilizador Quetzal-coatl hubiese sido un europeo y hubiese traído á los toltecas una fe: «Dios es bueno, el hombre es sagrado para el hombre; la mujer representa en la tierra la función divina de la naturaleza;» si les hubiese traído una escritura, si les hubiese enseñado á servirse del hierro, los toltecas habrían mantenido su dominación sobre la Altiplanicie y Cortés habría encontrado un pueblo indomable. La conquista no habría sido una lucha atroz, sino una transacción, un pacto, un beneficio supremo, sin opresión y sin sangre.

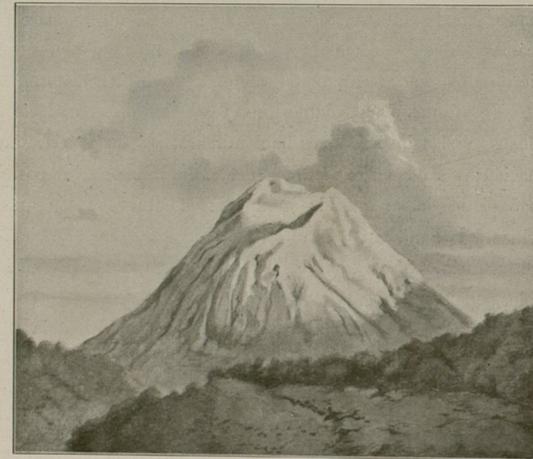
Fin del imperio tolteca.—Nada hay que indique formalmente que no predominase entre los toltecas y los colhuas, sus congéneres, domiciliados también en Tol-lan, el culto que exigía los sacrificios sangrientos, los humanos; todo parece confirmar la aseveración de los cronistas de que el rey-pontífice Topiltzin Quetzal-coatl, como ya dijimos, suspendió estos ritos y disolvió probablemente al sacerdocio de Tetzcatlipoca; éstos minaron el ánimo popular, recurrieron á los grupos nahoas y mecas en estado de barbarie aún, ó trogloditas ó habitantes de *kraales* apenas organizados y antropófagos todavía, porque creían que la víctima humana se convertía en divinidad protectora y así fabricaban dioses; y con estos auxiliares, comprendidos bajo el nombre genérico de *chichimecas*, la tribu colhua y el sacerdocio

desheredado emprendieron la lucha con el reformador. Duró largos años, y de las crónicas resulta por extremo confusa; varias veces Quetzal-coatl, vencido, fugitivo y muerto, resucita de sí mismo, lo que parece indicar que el culto de Venus se sobrepuso varias veces al del fiero Tetzcatlipoca; pero las tribus gastaban sus energías en estas guerras de religión y sus individuos, flotando entre los cultos enemigos, abandonados los campos, que las invasiones incansables de los nómades mantenían yermos y desolados, empezaron lentamente á emigrar á los valles meridionales de la Altiplanicie, al de los lagos (hoy México), al de Puebla y de Oaxaca; ó siguiendo el contorno de las costas del Golfo, penetraron en el Istmo y se diseminaron por Chiapas y Guatemala, ó se fijaron en Tabasco y Yucatán. Una leyenda consignada por los cronógrafos nos enseña que el oetli ó pulque, inventado por los *meshu*, que vagaban ya por aquellas comarcas (metl-magucy es el radical de meshi), influyó no poco en aquella triste decadencia; aún es así: la bebida regional del Anáhuac ha mantenido, entre otras causas, al grupo indígena lejos de la civilización.

No era difícil desmembrar el imperio tolteca; todo parece indicar que Tol-lan ejercía solamente un poder hegemónico, en una especie de confederación de señoríos feudales y de santuarios como Teotihuacán y Chololan; las luchas religiosas, cuya consecuencia fué la intervención de las tribus nómades, que de Tlapalan en Tlapalan habían perseguido á los toltecas antes de su llegada al Anáhuac, continuaban así su obra secular.

Cuentan las crónicas que, cuando fugitivo el rey-pontífice de su capital, se estableció en Chololan, aquella pequeña ciudad sacerdotal se convirtió en una población perfectamente trazada y organizada, á donde fueron llegando uno en pos de otro, y seguidos de sus familias, los fieles del destronado soberano; probablemente aun el sacerdocio de Teotihuacán llegó á reunirsele, y quizás de esa época data el abandono de la gran hierópolis, en donde aun se hallan señales de un procedimiento singular, que consistía en tapiar los santuarios y en enterrar bajo pequeños montículos las habitaciones sacerdotales. Tal vez esto sucedió en la guerra atroz que las tribus triunfantes en Tol-lan hicieron á Chololan y á su huésped insigne.

Así sucedió efectivamente; la Tol-lan chololteca pareció á Huemac, rey-pontífice también, en quien Tetzcatlipoca había encarnado, un desafío y un amago, y sobre todo, una impiedad; llevó la guerra á la floreciente comarca; el profeta huyó rumbo al Golfo, en donde desapareció, transformándose en la estrella Venus, que los chololtecas vieron brillar sobre el vértice de cristal del Orizaba (Citlaltepctli, montaña de la estrella) como una pro-



El Citlaltepctli (Pico de Orizaba)

mesa y una esperanza. Muchos huyeron, otros permanecieron y probablemente transigieron con los sacrificadores de hombres; pudiera creerse que el sacrificio humano, considerado hasta entonces como una ofrenda á los dioses, al mismo tiempo que como creación de una nueva divinidad (puesto que ese poder debían atribuir al espíritu de la hostia propiciatoria), bajo la influencia del sacerdocio de Quetzal-coatl se convirtió en una especie de comunión con la divinidad misma á quien se ofrecía el sacrificio, y que tomaba parte en el banquete sagrado en unión con sus adoradores, identificándose con ellos, y así esta costumbre ritual, repugnante y atroz como ninguna, estaba informada por el mismo anhelo que movía los ágapes eucarísticos de las prístinas comuniones cristianas.

Lo cierto es que éste era el sentido que parecían atribuir los aztecas al sacrificio, según los cronistas, y que cuando el mismo Quetzal-coatl, fugitivo de Chololan, ó una de las colonias religiosas que mandó hacia aquellas regiones, apareció entre los kichés y los mayas, acaudillada por Guk-umátz y Kukul-kán, no pudiendo suprimir los ritos antropofágicos, les dieron el carácter sacramental que en Tenochtitlán tuvieron luego.

Ya dijimos cuán fecundo fué el contacto del sacerdocio de Lucifer con los grupos maya-kichés; si las inscripciones hablaran, nos revelarían claramente en qué consistió la transformación; pero las ciencias, las artes, la religión, las costumbres, la organización política, todo parece haber entrado en un período nuevo desde que los toltecas acamparon en las orillas del Usumacinta, junto al pozo de los itzaes (Chichén-Itzá) ó en derredor de las lagunas artificiales de Uxmal; sólo la transformación ocasionada por la presencia de los españoles superó á ésta, verificada por los siglos x y xi.

Huemac, el vencedor de Chololan, pronto tuvo á la vez que abandonar la gran capital tolteca; el imperio quedó deshecho; algunos grupos permanecieron establecidos en los señoríos del valle de México, como Chapoltepetl ó Colhuacán; otros se fundieron con los tlascaltecas y hueshotzincas, otros emigraron en busca de sus hermanos de Tabasco y Guatemala; parecía que el sembrador supremo aventaba por todos los ámbitos mexicanos la simiente de la civilización precursora.

Conservan las rocas de las montañas y cañones del S.O. de los Estados Unidos, copiosas huellas de habitaciones troglodíticas; aquellas yermas y desoladas comarcas estuvieron regadas antaño y pobladas de bosques; bosques, aguas y poblaciones han desaparecido, dejando ciudades casi pulverizadas en las cuencas del Gila, del Colorado, del Bravo superior, y habitaciones en las rocas y en las cavernas, en lugares casi inaccesibles frecuentemente; la caza y la pesca fluvial eran la única ocupación de aquellos hoy extinguidos grupos y su única preocupación la defensa contra los nómades, que en corrientes incesantes pasaban y repasaban, arrasando y ahuyentando todo lo viviente en su marcha premiosa hacia el Sur. Estas inacabables invasiones bárbaras determinan todo el dinamismo de la historia precortesiana. Hemos visto á los *mound-builders*, huyendo de los nómades, poblar por emigraciones sucesivas las costas del Golfo y del Caribe quizás; hemos visto á los aborígenes del Anáhuac y del México ístmico y peninsular, ó mezclarse á los advenedizos y perder la personalidad ó retraerse á las agrias serranías del Oriente y el Occidente; hemos visto á las tribus venir unas en pos de otras á la Altiplanicie, recorriendo las costas del Pacífico, abriéndose paso por entre los mecas (los aborígenes del Occidente) y cruzando en diversos

sentidos la Mesa central. Todo es, pues, migración en nuestra primitiva historia, todo es movimiento, que prolonga sus ondas étnicas desde el corazón de los Estados Unidos hasta el istmo de Panamá. La ruina del imperio tolteca se debió, sin duda, á la mayor y más enérgica de estas ondas; cosa singular, después de largos años de vagar, tropezándose con las poblaciones organizadas definitivamente por los toltecas, los jefes bárbaros de los chichimecas ó una serie de caudillos del grupo principal, que llevan el mismo nombre, *Xolotl*, acaban por fijarse, por someter á tributo á los pueblos vencidos y por establecer un curioso imperio troglodita, en que las ciudades, el núcleo principal del imperio por lo menos, se establece en una región cavernosa de las montañas que cercan el valle de México, y los palacios son grutas como las habitaciones de los *cliff-dwellers*, conge de las tribus chichimecas.

Estos trogloditas cazadores, sin ídolos, sin más culto que sacrificios rústicos á las divinidades del sol y la tierra, dicen los cronistas, fueron poco á poco saliendo de sus cavernas, agrupándose en chozas, estableciendo pueblos, aprendiendo de los grupos toltecas el cultivo del maíz, del algodón; vistiéndose,



El dios Quetzal-coatl adorado en Tol-lan

tornándose sedentarios, dejando su bronco idioma por el idioma culto de las tribus nahoas, adoptando los dioses de estas tribus, civilizándose. Es por extremo interesante, del laberinto de narraciones con que cada uno de los antiguos señoríos de Anáhuac quiso establecer sus derechos territoriales después de la conquista española refiriendo sus orígenes, extraer la substancia y percibir en ella el trabajo de los grupos bárbaros para asimilarse una cultura extraña y convertirse en toltecas; la intervención del sacerdocio refinado de esta gran tribu (leyenda del sacerdote Teepoyotl) en la educación de los príncipes chichimecas, la influencia de los nahoas en determinar á los bárbaros á dedicarse al cultivo de las tierras (leyenda de la resurrección del maíz), el advenimiento de tribus exóticas, de origen nahoas como los *acolhua*, que se asimilaron profundamente la cultura tolteca y á la que se identificaron porciones selectas de los chichimecas, que dieron á su imperio el nombre de *Acolhuacán* y establecieron su capital á orillas del lago Salado, en la vieja población tolteca restaurada de *Tesh-coco*, son los capítulos heroicos ó trágicos ó romancescos de esta obscura historia, que se desenlaza con las epopeyas grandiosas de la resistencia de una gran parte de los bárba-